

Sobre el buen hacer del conquistador. Técnicas y tácticas militares en el advenimiento de la conquista de las Indias

El Buen hacer of the Conquistador. Techniques and Military Tactics in the Advent of the Conquest of the Indies.

Sobre a boa atuação do conquistador. Técnicas e táticas militares na iminência da conquista das Índias

AUTOR

**Antonio Espino
López**

Universidad
Autónoma de
Barcelona,
Barcelona, España

Antonio.Espino@uab.es

RECEPCIÓN
26 de abril 2012

APROBACIÓN
11 de octubre 2012

DOI

10.3232/RHI.2012.
V5.N2.01

A través del análisis de diversos testimonios acerca de media docena de campañas militares llevadas a cabo entre 1524 y 1569 en otros tantos territorios americanos, nuestra intención ha sido reflexionar sobre las principales causas que condujeron a la derrota del elemento aborigen, concluyendo que no sólo no se puede argumentar a favor de las armas de fuego o la caballería como arma principal de la victoria hispana, sino que, de hecho, no existe una causa tecnológica clara –el avance en tecnología militar de los europeos con respecto a los amerindios– que explique por sí sola dicha derrota. Más bien, en conquistas como las que nos han ocupado, fue la férrea voluntad por conquistar, por apoderarse de un territorio y sus habitantes y riquezas, es decir por no desalentarse y persistir en el intento, la principal causa de la dominación hispana de las Indias.

Palabras clave

Conquista; Siglo XVI; Campañas militares; Guerra; Crueldad; Violencia; Indias

Through the analysis of diverse testimonies from about a half dozen military campaigns carried out between 1524 and 1569 in territories across the Americas, the purpose of this article is to analyze the main causes that lead to the military defeat of the indigenous. This paper concludes that the principal causes of the Spanish victory can not only be attributed to fire arms or their cavalry but that in fact, a clear reason which can be attributed to technology in and of itself, for example European advances compared to Amerindian advances in technology explain the defeat, does not exist. On the contrary, in conquests like the ones mentioned in this article, the main reason of the Spanish domination of the Indies was their iron will to conquer, which kept them from being discouraged and helped them to remain persistent in their intent, to take over territories, their inhabitants and their riches.

Key words

Conquest; Sixteenth Century; Military Campaigns; War; Cruelty; Violence; Indies

Através da análise de diversos depoimentos acerca de meia dúzia de campanhas militares levadas a cabo entre 1524 e 1569 em muitos outros territórios americanos, nossa intenção foi refletir sobre as principais causas que levaram à derrota do elemento indígena, concluindo que não é possível argumentar a favor das armas de fogo ou a cavalaria como arma principal da vitória hispânica, mas que, de fato, não existe uma causa tecnológica clara – o avanço em tecnologia militar dos europeus com relação aos ameríndios – que explique por si só essa derrota. Assim, nas conquistas como as que nos ocuparam, foi a férrea vontade de conquistar, de apoderar-se de um território e seus habitantes e riquezas, quer dizer, não perder a coragem e persistir na tentativa, a principal causa da dominação hispânica das Índias.

Palavras-chave

Conquista; Século XVI; Campanhas militares; Guerra; Crueldade; Violência; Índias

Introducción

En el presente trabajo nos proponemos reflexionar, a partir de determinados ejemplos, acerca de un tema *a priori* muy manido, como sería la supuesta superioridad armamentística hispana¹ en el transcurso de la conquista de las Indias como principal explicación de la inevitabilidad de la misma². Como vamos a comprobar, la victoria no siempre estuvo asegurada y, muy a menudo, dependió mucho más de la ayuda de los aliados aborígenes³ y, sobre todo, de la voluntad hispana por conquistar⁴.

Hemos elegido media docena de ejemplos, que responden a otras tantas campañas concretas, a partir de los cuales nos proponemos analizar algunos comportamientos en combate que, sin ser tan trascendentes para la historia de la conquista de las Indias como los casos más preclaros, sin duda aportan nuevos elementos para terminar de profundizar en el conocimiento del uso combinado de las diversas armas y su importancia en el desarrollo de los acontecimientos. Al mismo tiempo, la referencia a determinados caudillos, no todos ellos tan conocidos como un Cortés, un Pizarro o un Valdivia, también nos permitiría ampliar el abanico de las experiencias personales a la hora de afrontar el uso de la violencia y la práctica de la guerra en el Nuevo Mundo.

Bernal Díaz del Castillo y la pacificación de Chiapa (1524)

Si bien el propio Bernal Díaz se declaró veterano de ciento diecinueve batallas y encuentros con los indios, consideramos que su participación en las acciones militares que condujeron a la pacificación de la ciudad de Chiapa en 1524 es un ejemplo paradigmático de lo que fue una campaña militar (o entrada) en Nueva España.

Tras recibir las órdenes oportunas de Hernán Cortés, el capitán Luis Marín se embarcó en la empresa, haciéndose un alarde una vez que la expedición se acercaba al objetivo, hallándose

veintisiete efectivos de caballería que se encontraban en condiciones de pelear y otros cinco que no, quince ballesteros, ocho arcabuceros, una pieza de artillería⁵ con su correspondiente artillero, que según él mismo había militado en Italia, aunque Bernal Díaz lo encontraba especialmente cobarde, sesenta soldados “de espada y rodela”, y unos ochenta mexicas, además de algunos caciques de Cachula con sus hombres, también tildados de cobardes por Díaz del Castillo, por encontrarse en territorio de sus enemigos, los chiapanecas. Es decir, una fuerza compuesta por ciento catorce europeos, treinta y dos caballos y algunos centenares de indios aliados, pero de diferentes etnias.

El primer encuentro militar, tildado por Bernal Díaz de “gran batalla”, ocurrió una vez alcanzada la localidad de Estapa. Un grupo de guerreros chiapanecas, armados con arcos y flechas, tiradoras, hondas, lanzas más largas que las hispanas, así como con macanas y defendidos con escaupiles de algodón, se echaron sobre ellos. Se peleó largas horas, hasta entrada la noche, haciéndose al enemigo quince muertos y muchos heridos, que no podían levantarse del suelo, mientras que del lado hispano murieron dos hombres y quedaron heridos trece de ellos. También se perdieron cuatro caballos -un octavo del total-, piezas insustituibles en aquel tipo de guerra. Tanto es así, que los cronistas siempre refieren las mermas producidas en su número tras una acometida. Llegados aquí, debemos plantear algunas cuestiones: ¿qué se hacía con los enemigos malheridos después de una batalla? ¿Se los remataba? En caso de ser ése su final, ¿quien se encargaba de hacerlo? Todo parece indicar que los indios aliados, como veremos. Desde luego, una prioridad era hacer prisioneros entre los caciques para posteriormente buscar la paz dejándolos libres. Por otro lado, ¿por qué motivo aquella acción fue una “gran batalla” para Bernal Díaz? ¿Por su duración temporal? ¿Por el encono con el que luchaba el enemigo? Nos inclinamos por esta segunda posibilidad: nuestro cronista comentaba con una cierta admiración, poco habitual al referirse a las habilidades bélicas de los aborígenes, “[...] que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas no les podimos retraer ni apartar un paso atrás, tuvimoslos por buenos guerreros y osados en el pelear”. No obstante, ¿fue una “gran batalla” por el número de muertos? Aquí, Díaz del Castillo nos parece tremendamente verosímil: sólo quince muertos tuvo el enemigo, cuando sabemos que en la conquista de México-Tenochtitlán se peleó con y contra ejércitos de decenas de miles de indios. Casi sin duda, son datos como el referido los que nos pueden permitir tener una idea más cabal sobre las cifras que emplean nuestros cronistas a la hora de historiar dichas operaciones militares. Porque lo habitual es la grandilocuencia: un cronista de la talla de Cieza de León puede argüir, por ejemplo, que el capitán Francisco César, con treinta y nueve hombres y trece caballos, se enfrentase a veinte mil indios de Nueva Granada, derrotándoles. En la batalla de Potonchán, la primera victoria de Hernán Cortés en su larga campaña, el propio Bernal Díaz del Castillo aseguraba que lucharon contra ciento cincuenta mil guerreros, es decir, diez veces más que la población de la ciudad según la relación del lugar que hiciese Juan de Grijalva. En realidad, si esa cifra es correcta, seguramente lucharon contra cuatro o cinco mil guerreros, en una proporción de ocho o diez a uno, y no de trescientos a uno como quería Díaz del Castillo⁶.

En cualquier caso, tras el aviso que significó el primer encuentro con los chiapanecas, esa misma noche se advirtió a los efectivos de la caballería cómo a partir de entonces deberían

luchar “hermanados” de cinco en cinco, es decir, entrarles a los contrarios en grupos de cinco, para apoyarse unos a otros, manteniendo las lanzas terciadas y pasándolas por los rostros del enemigo, atropellándolos y rompiendo su formación, pero sin alancear, pues los chiapanecas podían tomar la lanza si el caballero alargaba el brazo y, tirando de ella, dar con el caballero en tierra. De hecho, a pesar de las advertencias, cuatro de ellos al día siguiente acabaron de esa guisa, sobre todo uno, cuando seis o siete indios se lanzaron contra su caballo, abrazándolo para intentar tirarlo al suelo, cosa que consiguieron con el caballero. Éste acabó malherido y a los dos días murió. Dicha técnica de combate a caballo contra indios fue descrita por el propio Bernal Díaz cuando, el 12 de marzo de 1521, el capitán Gonzalo de Sandoval operó con veinte caballeros y trescientos peones en favor de los aliados de Chalco y contra los mexica: Sandoval colocó a sus ballesteros y arcabuceros por delante y los de caballería irían actuando de tres en tres de forma que, cuando los anteriores hubiesen realizado sus primeros disparos, entonces los de caballería romperían sobre el contrario “á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida”⁷.

Al levantarse el día, la hueste avanzó en escuadrón, con “el tiro puesto en orden, y el artillero bien apercebido de lo que había de hacer”, cuando se encontraron con el ejército chiapaneca en formación de combate. Se terció la pelea, cuando el artillero “cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; é ya que a poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió á tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna”. Pocas veces se ha descrito tan bien las limitaciones de la artillería. Porque, claro, habiendo caballería, las nobles monturas, ¿qué podía hacer la modernidad en forma de artillería? Es obvio que, en un momento dado, mucho, pero también es muy significativo, a nuestro entender, lo poco entusiastas de la misma que se muestran la mayor parte de los cronistas, especialmente en este tipo de entradas. Más que la tecnología, se aprecia mucho más el valor y esfuerzo personal, ya sea a pie o a caballo. Ahora bien, es muy posible que en este tipo de operaciones militares la artillería realmente no fuese tan decisoria, o bien los cronistas no quisieron que lo fuese. En el caso que nos ocupa, sin duda Díaz del Castillo estaba orgulloso de montar un caballo, cuando en la conquista de México no lo había hecho. Cuando se comenzó a luchar, los efectivos de la caballería puestos en cuadrilla se echaron sobre los enemigos para romper su formación, mientras que los infantes, formando su escuadrón “porque no les desbaratasen”, “nos ayudaron muy bien”. Fijémonos. “Nos ayudaron”, a nosotros, a la caballería, punta de lanza, y nunca mejor dicho, de la hueste indiana. Díaz del Castillo, definitivamente, había cambiado de estatus.

Cuando el contrario comenzaba a retirarse, lo habitual era perseguirle con la caballería y, sobre todo, con los indios aliados, quienes entonces entraban en acción procurando matar o hacer prisionero al mayor número posible de enemigos. Si pertenecían a grupos enemistados, como era habitual, el encarnizamiento solía ser notable. En el caso que nos ocupa, la existencia de unos pedregales impidió que la caballería hispana hostigase un largo trecho a los chiapanecas, que al poco regresaron con nuevas fuerzas y con una novedosa estrategia para enfrentarse a la caballería: portaban lazos y redes para derrocar a los caballos. Tras desbaratarlos por segunda vez ese día, el recuento de bajas dio como resultado dos soldados fenecidos, varios heridos, así como cinco caballos muertos y diez heridos, que se curaron lo mejor posible. Sobre el contrario, Díaz del Castillo vuelve al laconismo: “hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos de

ellos, y otros heridos [...]”. Pero el laconismo es incluso mayor en cuanto al papel de los indios aliados: ¿cuál fue su función en este combate? Sólo sabemos que acompañaban a la hueste hispana: “[...] nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus capitánías”. ¿La falta de protagonismo es real o forzada por el autor?

Aquella noche se acercaron al campamento hispano hasta diez notables de la provincia de Jaltepec, esclavos de los chiapanecas desde hacía años, pidiendo la libertad para volver a sus tierras a cambio de su colaboración militar. Las gentes de Jaltepec les dijeron que en las batallas tenidas hasta entonces los chiapanecas habían sufrido unas ciento veinte bajas, un tipo de información que difícilmente encontramos en las crónicas. ¿Era el número de caídos amerindios la causa del laconismo de Díaz del Castillo? Es decir, ¿le parecían pocos ahora que él era mucho más protagonista que antes de un lance bélico? En cualquier caso, la colaboración de las gentes de Jaltepec iba a ser preciosa. Cuando el grupo hispano se dispuso a vadear un río que se interponía entre su campamento y la localidad de Chiapa, los contrarios les salieron al paso disparándoles flechas, varas y tirándoles piedras, matando dos caballos y ahogándose un castellano, sin que sus compañeros pudiesen avanzar ni poco ni mucho, estando casi todos heridos. En aquella tesitura tan dificultosa, las gentes de Jaltepec irrumpieron por la retaguardia de los chiapanecas, que intentaban evitar el vado del río del grupo hispano, y los diezmaron. Tras atravesar el río, la hueste hispana se puso en formación de combate y atacó a los chiapanecas de tal modo que éstos desampararon su ciudad. Para evitar un contraataque en una ciudad que tenía mala defensa, con las casas demasiado juntas, por lo que la caballería no podía maniobrar, el grupo hispano pasó la noche fuera de la misma y con la necesaria vigilancia. Sin duda, la experiencia habida en las luchas por el control de México-Tenochtitlán se nota en tales disposiciones.

Tras permanecer cinco días en Chiapa, el capitán Luis Marín consiguió concertar la paz con los chiapanecas utilizando para ello los seis caciques que habían sido capturados en las batallas pasadas y la promesa de no quemar la ciudad como se había hecho días atrás con un pueblo una vez comenzadas las hostilidades. De esta forma, no sólo Chiapa se pacificó, sino que con ella lo hicieron otras muchas de la zona, como Cinacantan, Gopanaustlán, Pinola, Gueyhuiztlán y Chamula, aliviados por ver derrocado el poder chiapaneca.

Cuando la misión parecía estar cumplida, un hecho vino a alterar la situación. Un soldado de la hueste de Luis Marín –Díaz del Castillo no quiso dar su nombre, pero gracias al testimonio del escribano Diego Godoy sabemos que era Francisco de Medina–, se llevó consigo ocho mexicas y fueron a Chamula, donde se pidió oro supuestamente en nombre del capitán castellano. Como a su juicio no recibió lo bastante, el soldado tomó preso al cacique de la localidad. Entonces, los habitantes se levantaron, y con ellos sus vecinos de Gueyhuiztlán, queriendo matar al intruso. Cuando quedó enterado del suceso el capitán Marín, consiguió rescatar al inconsciente Medina, al que envió a ser juzgado a Ciudad de México. Con dicha medida se procuró sosegar y satisfacer a Chamula, pero no fue suficiente. Así, Luis Marín se vio obligado a organizar una acción contra Chamula, llevando consigo doscientos indios de Cinacantan e idéntica cantidad de Chiapa, que así certificaba su amistad.

Chamula contaba con unas fuertes defensas, una empalizada y una albarrada, que comprendían también una honda cava que las rodeaba, con una subida muy fuerte hacia la parte más accesible, que impedía el uso de los caballos, por lo que éstos aguardaron en el llano impidiendo el arribo de posible ayuda a los de la ciudad. En los mamparos y almenas que tenían, dice Díaz del Castillo, hasta dos mil lanceros defendían la posición. Tras comprobar la dificultad, se dieron órdenes de construir varios burros o mantas, unas defensas de madera que permitían guarecer hasta veinte personas, que con picos y azadones procuraban abrirse camino en las defensas, mientras desde las empalizadas les lanzaban material ígneo y piedras. Tras muchos esfuerzos, consiguieron abrir dos brechas para poder entrar en la ciudad, pero al hacerse de noche y comenzar a llover se suspendió la operación. Los de la ciudad, que tuvieron doscientas bajas el primer día, según el testimonio de Diego Godoy, aprovecharon para huir dejando un retén de tropas al cuidado de la albarrada. El propio Díaz del Castillo asegura que fue él quien se dio cuenta del engaño, entrando con otro soldado por una de las brechas para toparse con el retén de chamultecas, quienes estuvieron a punto de matarlo sino llega a producirse la rápida intervención de otros soldados. En la persecución de los huidos, Díaz del Castillo señala que se atraparon treinta guerreros, además de mujeres y niños. Según Diego Godoy se mató mucha gente aquel segundo día. Posteriormente, dejando libres a seis chamultecas con sus familias, Luis Marín consiguió que la ciudad volviese a dar la paz y sus habitantes retornasen a la localidad.

Tras la pacificación de Chamula le tocó el turno a Gueyhuiztlán. Díaz del Castillo se limita a decir que sus habitantes desampararon las defensas en poco tiempo, volviendo ellos hacia Chiapa. Diego Godoy se lamentó de que la campaña militar acabase con la muerte de “sólo” quince hombres días más tarde en la provincia de Gueyhuiztlán y algunos otros a quienes se dio muerte camino de Cinacantan, dado que como éste estaba en muy malas condiciones “era lástima yr asy porque tardo mucho la gente que ya todos [los indios] eran ydos todos dexaron las armas que llevaban como onbres que yvan perdidos”⁸.

La campaña acabaría avanzando la hueste en dirección a Tecamayacatl y Ateapan, ambas alzadas, presentando batalla mientras se vadeaba un río profundo. Allí, los indios hirieron seis soldados y mataron tres caballos, pero al no poder frenar a los hispanos, ellos mismos pusieron fuego en sus casas y huyeron. Estuvieron cinco días curándose las heridas y haciendo entradas para obtener “muy buenas indias”. Luis Marín les ofreció la paz a cambio de los prisioneros hechos, mientras Diego Godoy, calificado por Díaz del Castillo de “entrometido”, demandaba que no se liberasen aquellos indios, sino que se vendiesen como esclavos para cubrir el gasto de los tres caballos muertos, además de por ser rebeldes, pues antes ya habían concedido la paz a los castellanos. Díaz del Castillo sostuvo la opinión contraria, “y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos departieron y nos hicieron amigos”. Luis Marín siguió el criterio de Díaz del Castillo.

Tras atravesar el territorio enemigo de Cimatlán, en Talatupan fueron atacados por indios flecheros desde unos andamios contruidos cerca de un monte, de manera que les hirieron veintes soldados y mataron dos caballos. Tras atacarlos, los indios huyeron aprovechando unas ciénagas cercanas, impracticables. Se les pidió que aceptasen la paz, pero no la quisieron.

El cansancio hizo que la hueste hispana se decidiese por no prolongar la campaña, regresando a su villa de Guacacualco, desde donde se había lanzado toda la operación. Con el oro obtenido, como era habitual, se pagaron los caballos perdidos en la campaña, dieciséis si nuestros cálculos no fallan; es decir, la mitad de los caballos participantes murieron.

Algún tiempo más tarde, al mando de Rodrigo Rangel, Díaz del Castillo volvería a pelear contra Cimatlán y Talatupan, llevando en aquella ocasión cien infantes y caballos, de ellos veintiséis arcabuceros y ballesteros. Como en la ocasión anterior, los indios flecheros dieron buena cuenta de once caballos y dos soldados, por lo que algunos infantes de los recién llegados de Castilla demandaron regresar a Guacacualco dada la imposibilidad de seguir a los indios por las ciénagas. Sólo la bravura de Díaz del Castillo consiguió convencerles de seguir adelante, tomando la población, una vez que sus habitantes la quemaron. Se hicieron prisioneros, pero los de Cimatlán se hundieron en las ciénagas y no quisieron aceptarla. Y por segunda vez se hubieron de retirar los hispanos. No todos los días se conquistaba México⁹.

Alonso de Alvarado y la conquista de Chachapoyas (1535)

Comisionado por Francisco Pizarro para la exploración de nuevos territorios, en 1535 partió de Lima el capitán Alonso de Alvarado¹⁰ con trece compañeros. Tras alcanzar Cochabamba, donde dejó un retén de sus hombres entablando buenas relaciones con los aborígenes, Alvarado regresaría a Lima a demandar a Pizarro más medios para poder realizar una entrada provechosa en la tierra de Chachapoyas. Una vez alcanzada la ciudad de Trujillo, donde procuró reclutar tropa hispana que le siguiese en su conquista, Alvarado avanzó de nuevo hasta alcanzar Cochabamba, donde se hallaban sus primeros compañeros. Allí pasó revista a sus tropas para comprobar su nivel de armamento: los peones iban armados, como era usual, con rodela, espada y ballesta, además de “sayos cortos [a]colchados recios, provechosos para la guerra de acá¹¹; los caballeros con sus lanças y morriones y otra armas hechas de algodón”, asegura Cieza de León. Una vez más, la adaptación al nuevo medio. No se citan armas de fuego.

Alvarado procuró, en los primeros compases de su empresa, asegurarse su retaguardia y conseguir la alianza con todos los indios que pudiese, buscando, como era habitual, tanto el concurso de guerreros como indios e indias de servicio, además de bastimentos para la campaña. Midiendo sus reclamaciones de ayuda para no soliviantar en demasía a la población de Cochabamba, Alvarado consintió que algunos de sus hombres ayudasen a sus aliados en su enfrentamiento con unos vecinos belicosos. Tras ocupar la fortificación de Quita, los indios enemigos se acercaron dispuestos al ataque; algunos españoles a caballo salieron de la fortaleza y les acometieron, pero fueron rodeados y se vieron en un aprieto cuando los indios pegaron fuego al pasto seco de la llanura. Ahogados por el humo, todo parecía estar acabado; no obstante, uno de los caballeros, Rui Barba, reaccionó y se puso al frente de los indios aliados, quienes consiguieron hacer huir a los del otro bando. Mientras, el resto de los caballeros conseguían escapar del peligro. Ese liderazgo hispano, que se repetiría tantas veces, bastaba en estos enfrentamientos entre indios.

Una vez recuperada su gente, Alvarado se mantuvo en su avance procurando trabar amistad con los indios sin necesidad de recurrir a la violencia y la crueldad. Los habitantes de algunas comarcas, una vez comprobada la potencia militar de los hispanos, quienes metían el miedo en el cuerpo sólo mostrando veinte caballos¹² –Alvarado no arriesgaba más–, pero también sus tropas aliadas, consentían en aliarse a su vez con el caudillo hispano. Fue el caso de las provincias de Langua y Charrasmal. Pero no de todas. En la localidad de Coxcón, donde ya los incas se vieron obligados a dejar guarniciones ocupando el territorio, a Alvarado le fue forzoso a emplearse a fondo. Las tropas aborígenes procuraron tomar las alturas por donde había de pasar la hueste hispana, colocando vigías en todas partes para avisar a tiempo y poder atacarles con ventaja. Alvarado, conocedor de todo lo acontecido por sus propios informantes, marchaba con su gente en escuadrón por el camino real, pero con la precaución de enviar delante de él un grupo de ballesteros –de haber contado con arcabuceros, habrían sido éstos quienes se ocupasen de tal menester–; mientras, había dividido su caballería en tres partes: él mismo comandaba una, que cuidaba el grueso de la hueste; Pedro de Samaniego y Juan Pérez de Guevara, con treinta hombres cada uno, comandaban las otras dos, quienes debían comenzar a presionar a los indios hostiles con la ayuda de tres mil indios aliados, una fuerza nada despreciable. Tras rechazar su ataque, las tropas de Alvarado persiguieron a los indios hostiles causándoles algunas bajas. Luego llegó la represión, o el pago de servicios: una vez vuelto a unirse el grupo, los aliados se dedicaron a saquear la comarca en busca de bastimentos, “destruyendo lo que hallaban hasta quemar las casas”, asevera Cieza de León. Perturbado por la destrucción realizada, que no era la mejor política, Alvarado envió a uno de sus capitanes, Camacho, con cuarenta hispanos y quinientos o mil indios en busca de rehenes para obligar al resto de los indios hostiles a rendirse y evitar más daños en aquella tierra. Camacho hubo de jugar con las ballestas, que al matar a distancia siempre causaban estupor en quienes no las conocían¹³, e incluso hubo de cargar con los caballos contra los indios a los que se enfrentó, consiguiendo que alzasen el campo, pero no el objetivo de hacer la paz con ellos.

Aunque le llegaron refuerzos desde Trujillo, Alvarado tenía serios problemas porque “La tierra estaba abrasada, faltando bastimentos”, indica Cieza. Los indios hostiles se negaban a poblar sus tierras, formando cuadrillas que desde las montañas inquietaban a la hueste hispana, mientras Alvarado se veía obligado a mantener su política de repartir sus tropas en cuadrillas de unos treinta o cuarenta hispanos más unos centenares de indios aliados que se desperdigaban en busca de bastimentos. El capitán Balboa acudió a la localidad de Tonche, el propio Alvarado siguió un escuadrón de indios hostiles sin resultado, mientras que el capitán Samaniego lo hacía en la de Chillao. Con dos mil indios de apoyo y cuarenta hispanos, Samaniego halló mucha comida y ganados, que inmediatamente condujo al campamento de Alvarado, no sin que los indios aliados, una vez más señala Cieza, fueran “destruyendo lo que ellos querían”. Unos cuatro mil indios hostiles se confederaron y ocuparon los pasos por donde habían de retornar el grupo de Samaniego. Los indios aliados, “que iban cargados de bastimentos huyeron como liebres, dejando solos a los cristianos”, quienes hubieron de parar el ataque gracias a sus ballestas y espadas, matando e hiriendo a muchos de ellos, con sólo un herido del lado hispano, si bien todos los hombres acabaron agotados. Como pudieron, consiguieron alcanzar el campamento de Alvarado.

Ante la obstinación de los indios, que a larga podían triunfar si todo el territorio se destruía, Alvarado decidió ir a buscarlos con toda su gente. Envío delante del grupo al capitán Camacho con veinte hispanos para ir descubriendo el camino y evitar emboscadas –es significativo que ya no confiase en los indios aliados para tal tarea una vez vista su actuación con Samaniego–; el terreno era muy dificultoso para caballos e incluso los peones por las muchas piedras que había en el camino, pero no fueron atacados en lugar tan sensible. Sólo más adelante, los indios hostiles habían reunido fuerzas en lugar seguro, mientras sus mujeres e hijos se hallaban ya a buen recaudo, lejos de la guerra. Decidieron mostrarse sumisos e incluso llevar algunos presentes en forma de ganado para ganarse la confianza de Alvarado y los suyos. Lo consiguieron. Cuando la hueste avanzó se encontró de improviso con un ejército indio que les esperaba, pero no se inquietaron, quizá a causa ya de su experiencia en la guerra de las Indias. “Los nuestros se pusieron en orden ni turbados ni espantados de lo que veían; hirieron y mataron muchos enemigos”. Aunque la diferencia entre el número de contrincantes era mucha –“aunque para cada cristiano había ciento y cincuenta indios”, asegura Cieza de León–, el caso es que consiguieron una vez más la victoria. No obstante, el peligro era grande. Al soldado Prado, quien perseguía con su caballo a un capitán aborigen, le dieron tal pedrada en la cabeza que el morrión no le protegió en absoluto: “le derribó del caballo los sesos de fuera”. En cambio, otro soldado de caballería, Luis Varela, se vio rodeado por enemigos y se defendió hasta recibir ayuda de sus compañeros. Alrededor de su caballo quedaron siete indios muertos¹⁴. Poco después, la sublevación de Manco Cápac, que puso sitio a Cuzco (1536-1537), obligaría a Alonso de Alvarado a desistir de su conquista.

La jornada de Jerónimo Lebrón: de Santa Marta a Santa Fe (1539-1541)

Una vez muerto el gobernador de Santa Marta (en la costa de la actual Colombia), Pedro Fernández de Lugo, la Audiencia de Santo Domingo proveyó dicho cargo de manera interina en la persona del canario Jerónimo Lebrón de Quiñones. Enterado de las riquezas halladas en el Nuevo Reino de Granada merced a la entrada realizada en aquel país por Gonzalo Jiménez de Quesada a partir de 1536, comisionado por el gobernador Fernández de Lugo, Lebrón organizó a su vez una jornada con la intención de incorporar a su gobernación las tierras del interior, una vez informado sobre el viaje de Jiménez de Quesada a la Península a dar cuenta al rey sobre lo realizado en 1539. Así, Lebrón reunió cuatrocientos hombres (trescientos infantes y cien efectivos de caballería, además de otros animales de tiro) a los que dividiría en dos escuadras de doscientos: como hiciera antes Jiménez de Quesada¹⁵, él mismo con la mitad de su hueste avanzaría por tierra, mientras que seis bergantines armados con pedreros¹⁶ remontarían el Magdalena con la otra mitad y los mantenimientos necesarios, acompañados tres canoas de indios auxiliares. Su teniente general sería Ortuño Velázquez de Velasco, veterano de las guerras de Italia y Alemania, pero el resto de la oficialidad escogida lo fue por su experiencia en la guerra en las Indias; Alonso Martín, uno de ellos, dirigiría la expedición fluvial.

Martín pronto se enfrentó a una emboscada en el río, pasando a cuchillo a los aborígenes que se acercaron a los bajeles para tantear la situación, mientras daban tiempo a toda una flotilla de canoas enemigas a rodear la armada de Alonso Martín. Aquí entraron en juego los

pedreros y la arcabucería, que destrozaron a distancia al enemigo, sin protección alguna en sus canoas, y sin permitir que las flechas envenenadas pudieran ser utilizadas. Una segunda intentona quedó como la primera, muy dañada y con grandes pérdidas, de ahí que el resto de las fuerzas fluviales aborígenes decidieran desaparecer. Uno de los tres caciques apresados en aquel primer enfrentamiento, para rehabilitarse a los ojos de los españoles, les condujo a la localidad de Tamalameque, donde consiguieron recuperar armamento perdido a manos de los indios el año precedente. La muerte de un soldado hispano en una isla hallada en el río sirvió para la habitual venganza, atacándose a sangre y fuego la misma, hasta que los indios la desampararon, habiéndose degollado los indios “más atrevidos”, señala el cronista Fernández de Piedrahita. Alonso Martín gastó cierto tiempo en atacar a los indios comarcanos, buscando botín y esclavos, pero pronto impuso la lógica de su misión, que no era otra que encontrarse con el ejército de tierra a la altura del río Cesare. Si bien sus hombres deseaban seguir operando en la zona, menospreciando las armas enemigas y sus tácticas y buscando la batalla, Alonso Martín no sólo hubo de recurrir a su experiencia, expresada en la convicción de que los aborígenes podían atacarles de noche con sus flechas envenenadas sin que sus arcabuces y pedreros pudieran hacerles mucho daño en las tinieblas, sino también al uso de ejemplos de la Antigüedad –Aníbal en Cannas– y en fechas más recientes –el marqués de Pescara levantando el sitio de Marsella en 1529– para recordar a sus hombres que una retirada a tiempo podía ser el primer paso de una futura victoria. En todo caso, la pluma del cronista Fernández de Piedrahita supo adornar las reflexiones de Alonso Martín con ejemplos de una marcialidad sin discusión¹⁷.

Al poco de alcanzar la boca del río Cesare, la armada hispana se vio atacada por dos armadas de canoas aborígenes, que según Fernández de Piedrahita alcanzarían las mil quinientas unidades. La primera de ellas quiso anotarse la gloria y envistió sin más dilación, habiendo hecho Alonso Martín que se colocasen en sus embarcaciones

toldos de mantas de algodón, esperaban los unos en los bordos con espadas y rodelas, y los otros con chuzos y armas de fuego prevenidas para su tiempo. Los indios, pues, viéndose á distancia de poder jugar su flechería, dieron tan espesa carga á los bergantines, que á no estar defendidos de las mantas, en que se quedaban pendientes sin pasar adelante las flechas, fuera el daño muy considerable en los nuestros.

Así, mientras el contingente hispano sí pudo, o supo, aprovechar el armamento defensivo aborígen, éstos no podían hacer nada contra las armas de fuego: aprovechando Martín la cercanía de las canoas enemigas,

se disparó la artillería y arcabuces á tan buen tiempo, que volcando muchas, haciendo pedazos otras y dejando algunas limpias de gente, fué tal el estrago de la primera rociada que, turbados los indios, ya fuese del temor de los arcabuces, ya del espanto de ver en tan breve tiempo muertos tantos de los suyos, buscaban seguridad en lo más profundo del agua con la fuga que ejecutaron [...].

No obstante, se produjo un segundo ataque, intentando los aborígenes cercar los bajeles hispanos avanzando en formación de media luna, pero una vez más la potencia de fuego europea consiguió destrozar las líneas atacantes. Según Fernández de Piedrahita, trescientas canoas y ochocientos indios fueron destruidos sin heridos de consideración por parte hispana¹⁸.

Tras alcanzar el ejército de Lebrón a su armada en la localidad de La Tora, las muchas calamidades pasadas hicieron que algunos pensasen en abordar los bajeles para desertar viajando río abajo de retorno a Santa Marta. Lebrón tomó una decisión rápida y taxativa, propia de un buen general: sacó los bajeles a tierra, y tras apoderarse de su clavazón, herrajes y artillería –que, por cierto, escondió en una caverna por no poder transportarlos–, les pegó fuego. Lebrón no quiso castigar a nadie por entender que las dificultades del viaje habían sido muchas. Y, en realidad, todavía no se habían enfrentado con la sierra de Opón, que de manera tan inmisericorde destruyese a los hombres de Jiménez de Quesada algunos años antes. Ninguno de estos sucesos es explicado por Fernández de Piedrahita, quien sí se explayaba, como vimos, en las luchas en el río, sino que se lo debemos a la crónica del padre Aguado. En los combates trabados aquellos días, cuando algunos aborígenes defendían las pocas provisiones de las que disponían de los famélicos hispanos, a menudo se demostró que sólo las armas de fuego podían contener a los indios, pues en las luchas cuerpo a cuerpo, la debilidad física de los hispanos por la sanguinaria expedición eran su principal deficiencia, a pesar de contar con espadas y rodelas de acero. Por otro lado, Lebrón se vio obligado a proclamar un bando por el que se prohibía matar animales domésticos para satisfacer el hambre, ya fuesen caballos, acémilas e, incluso, perros. A menudo, algunos de estos animales amanecían mutilados para obligar a sus dueños a matarlos, a pesar de los duros castigos que había impuesto Lebrón si se sorprendía a los culpables. El hecho es que cuando la expedición alcanzó el valle denominado de la Grita, de los cuatrocientos soldados apenas quedaban ciento cincuenta, mientras que también se habían perdido doscientas cabalgaduras. Pero no estaban derrotados.

Tras alcanzar la villa de Vélez a fines de 1540, su cabildo aceptó a Lebrón como nuevo gobernador y se sumaron a sus filas, alcanzando éstas los doscientos infantes y los cien efectivos de caballería, y, marchando con ellos en buen orden militar, se personó Lebrón ante la ciudad de Tunja. Hernán Pérez de Quesada, que gobernaba el Nuevo Reino de Granada en nombre de su hermano, saldría de Santa Fe de Bogotá con fuerzas similares a las de Lebrón –en la pluma de Fernández de Piedrahita, sospechosamente similares, ya que son el mismo número de hombres y armas– en dirección a Tunja. En un entorno que forzosamente recuerda al de algunas batallas de las guerras civiles de Perú, con unas colinas cubiertas de indios que esperaban presenciar una batalla entre españoles¹⁹, Quesada evitó un enfrentamiento proponiendo a Lebrón que los cabildos de Tunja y Santa Fe, de quienes estaba bastante confiado, decidiesen si lo aceptaban como gobernador, siendo su respuesta negativa. A pesar de producirse algunas ofertas de desafectos a Quesada, que buscaban el desafío a través de la persona de Lebrón, éste recibió un serio ultimátum del primero, de modo que tras comprársele buena parte de los medios de guerra que llevó al territorio (como le había ocurrido a Pedro de Alvarado en su incursión en Perú en 1534)²⁰, se le conminó a que lo abandonase. Lebrón así lo hizo, y regresó a Santa Marta

acompañado por apenas veinticinco de sus hombres, si bien pudieron aprovechar el viaje para ranchar en las poblaciones de los contornos del río Magdalena. Lo interesante es que cuando Jerónimo Lebrón alcanzó la costa, decidió justificar sus acciones ante el rey haciendo

criminal la resolución de los Cabildos del Reino, fu[]minó causa contra sus conquistadores, y especialmente contra los Quesadas, Cardoso, Alonso Martín, Junco, Maldonado y Céspedes, sobre los desafueros, crueldades, muertes y tiranías ejecutadas con los indios, cuyo proceso para en el archivo de Simancas, y de cuya relación apasionada tanto se vale el Obispo de Chiapa [es decir, Bartolomé de las Casas] en la que hizo de la destrucción de las Indias.

Señala el cronista Fernández de Piedrahita: “¿Pero todo lo declarado por Lebrón era falso, fruto del despecho?”²¹.

Campañas contra los indios muzos, Nueva Granada (1543-1562)

Desde que en 1543 el capitán Luis Lancho, que fuese soldado en Italia y Flandes, atravesase por primera vez el territorio de Muzo, comisionado por el gobernador Alonso Luis de Lugo, dicha etnia presentó batalla a los diversos grupos hispanos. Miguel Díez de Armendáriz, quien llegó a Nueva Granada en 1547 como juez de residencia del gobernador Alonso de Lugo, decidió destinar al capitán Martínez con sesenta efectivos a pacificar al cacique Saboyá, principal de los muzos. Martínez en ningún momento pudo presentarles batalla, sino sólo atravesar su territorio cuidando de no ser derrotado en toda la línea y con algunas bajas. Tras aquel pequeño desastre, la cuestión de los muzos quedó pendiente.

Los oidores Beltrán de Góngora y Juan López de Galarza asentaron la Real Audiencia en Nueva Granada en abril de 1550 y heredaron la guerra contra los belicosos muzos. Su primera opción consistió en confiar en el capitán Melchor de Valdés, quien había llegado al territorio con la hueste de Sebastián de Belalcázar. Valdés desplegó una fuerza demasiado exigua, setenta hombres según el padre Aguado –cien para el cronista Fernández de Piedrahita–, a los cuales dividió aún más cuando envió al capitán Oñate con cuarenta hombres a intentar emboscar la fuerza principal de muzos que por entonces se estaba formando, según se desprendía de la confesión obtenida de dos indios capturados. Oñate, al poco, se vio rodeado por tropas superiores, las cuales no se dejaban impresionar fácilmente por los caballos, pues un intento de seis caballeros por romper sus filas se desbarató cuando los escuadrones muzos se abrieron para dejarles pasar, cerrándose a continuación y en su interior ser flechados de manera inmisericorde. Sólo los sayos de algodón permitían sobrevivir algún tiempo a tales percances, a veces el suficiente como para recomponerse y huir, justo lo ocurrido en esta ocasión con la mayor parte del grupo hispano, si bien Valdés tuvo treinta heridos y contó con la baja del propio Oñate quien, al perder su espada, murió luchando con una de sus espuelas. Las crueldades que solían cometer los muzos con sus prisioneros obligaba a los españoles a morir peleando sin rendirse, recuerda el cronista Pedro Aguado.

Conocedor de la victoria de los muzos, Valdés decidió fortificar su alojamiento, preparándolo para las salidas de los caballos, al tiempo que en un bohío concentraba su caballería con algunos peones de apoyo, mientras dividía el grueso de la exigua tropa en tres escuadras para repeler una posible invasión del recinto. También ordenó a sus indios de servicio, muiscas, la fabricación de hondas para que les asistiesen en las futuras batallas. Rodeados por hasta veinte mil muzos, según las estimaciones siempre exageradas del cronista Aguado, Valdés rechazó algunos ataques gracias al temor al atropellamiento con los caballos y a las heridas infringidas con lanzas y espadas, pero pronto se comprobó cómo los muzos optaron por pelear a cubierto jugando con su flechería envenenada. El cerco se mantuvo ocho días, el último del cual murieron once de los heridos del grupo de Oñate. Compelido por sus hombres, Valdés aceptó salir del territorio viajando de noche y peleando por de día, cuando eran detectados y rodeados por los indios; la situación llegó a tal extremo, que el cansancio obligaba a pelear a unos mientras los otros procuraban rechazar al contrario. El momento clave de la campaña de Valdés llegó cuando se planteó el vadeo del río Sarbe a la vista del enemigo, una operación militar siempre complicada. Una parte de sus tropas se precipitó a atravesar el río e hizo pie en la orilla opuesta sin percatarse de la cercanía de los muzos y la tardanza en esguazarlo de toda la hueste hispana. Así, se vieron pronto atacados sin que el resto de las tropas pudieran hacer gran cosa, aunque también se arrojaron ya al río con voluntad de ayudar a sus compañeros. El buen tino de Valdés hizo que retrajera a su gente y, desde la orilla inversa, con sus arcabuces lograsen frenar el ataque de los muzos. Con todo, murieron más de treinta españoles, sin contar los muchos heridos, y aunque el cronista Fernández de Piedrahita pretenda igualar la batalla alegando la muerte de medio millar de muzos, lo cierto es que reconoce cómo “aquí fue donde perdieron de suerte el temor á nuestras armas, que se acreditaron de los más guerreros, como veremos después en la constancia y valor con que sustentaron la guerra”. Estas palabras de Fernández de Piedrahita nos recuerdan la obsesión hispana por evitar tener bajas en sus luchas contra los aborígenes²², pues no podían permitirse que la moral de éstos se recuperase a costa de sus pérdidas. Contra todo pronóstico, Valdés consiguió salir del territorio, no dudándose que la derrota tendría consecuencias.

Los oidores Góngora y López de Galarza, necesitados de un capitán con capacidad para terminar con el levantamiento de los indios de la tierra de Muzo, no sólo crecidos por el rechazo de la hueste del capitán Valdés, sino que atacaban a los sometidos indios muiscas, algunos de cuyos grupos también se habían rebelado y en cuadrillas de medio millar atacaban las encomiendas de la ciudad de Vélez, confiaron en Pedro de Ursúa²³. Éste pudo reclutar hasta ciento veinticinco hombres –ciento cuarenta infantes y veinte caballos para el cronista Piedrahita, “bien prevenidos de lanzas, armas de fuego y perros²⁴, en que consistía la fuerza que más atemorizaba á los indios”– en las ciudades principales, Santa Fe de Bogotá, Tunja y la propia Vélez, operando en primer lugar contra los indios de Saboyá, procurando pacificarlos de buenas maneras, sin apenas gastar municiones, tan escasas, sobre todo las pelotas de plomo que disparaban sus arcabuces; de hecho, en un momento dado, los oidores dieron órdenes para transformar en balas los tinteros de plomo de todo el Reino y así municionar los también escasos arcabuces, “pero muy provechosos por ser arma a quien mucho temían los indios” asevera Fernández de Piedrahita.

Tras su éxito inicial en Saboyá, Pedro de Ursúa fue internándose en tierras de los muzos, cuidando de no hacerlo por las fronteras de Siminjaca, donde existían “defensas de hoyos, púas, troncos y despeñaderos”, decidiendo buscar un alojamiento fortificado desde donde lanzar correrías por el territorio. Los aborígenes solían rodear el emplazamiento, pero siempre desde posiciones que impidiesen a los caballos y arcabuces hispanos actuar con ventaja. Ursúa emboscó tres arcabuceros y comenzó a operar con treinta infantes intentando atraerlos a la batalla, pero los indios supieron evitar la emboscada, aunque sufriesen algún daño con las armas de fuego. Así, por un lado, la experiencia de los aborígenes en sus ya largas guerras contra los hispanos les hacía conocedores de algunas de sus tácticas y de cómo evitar la peligrosidad de sus principales armas, mientras que Ursúa, como buen caudillo de Indias, también sabía que, cuando salió con un escaso número de hombres, aunque escogidos, de su campamento, sólo podría atacar si atrapaba desprevenidos a los indios, de madrugada. Para entonces, el griterío típico de las guerras en las Indias apenas si afectaba a los soldados veteranos²⁵, quienes formaron en escuadrón, como tantas veces se ha señalado, buscando su mayor potencia y seguridad –“hechos un cuerpo se estuviesen todos juntos, viendo cuánto importaba para conservarse entre tanta multitud de indios, el estar juntos o divididos, según la buena disciplina les muestra”, comenta Piedrahita. Como solía ocurrir, al primer acometimiento las espadas hispanas hirieron fácilmente a un gran número de contrarios, factor que siempre era de peso y causaba gran desazón en sus filas, no acostumbrados a tener tantas bajas de inmediato en sus combates; porfiando, los aborígenes mantenían el cerco del escuadrón hispano, pero más apartados, momento en el que los arcabuceros comenzaban a dispararles causando nuevas bajas; sólo entonces el escuadrón hispano podía comenzar a romper el acoso padecido. Ursúa, con tres bajas en sus filas, supo mantenerse en retaguardia con ocho de sus hombres para impedir que el contrario aprovechara la orografía y les atacase desde las alturas, permitiendo que el resto de su escuadra se pusiese a salvo. Luego, los arcabuceros de la misma protegieron la retirada de sus camaradas. Ursúa decidió poblar una ciudad, Tudela, e incluso salió del territorio en busca de más hombres y municiones, pero su designio ya estaba en su gran expedición a El Dorado, de modo que acabó por abandonar la empresa. Los escasos vecinos de Tudela se vieron obligados a desampararla ante el empuje de los muzos, y, según el cronista Fernández de Piedrahita, “en esta retirada murió mucha gente española á manos del enemigo”.

En 1559, a decir del padre Aguado, el capitán Luis Lancho llegó con el encargo de pacificar la tierra de los muzos “con mucha munición de arcabucería y perros, [e] hizo muy grandes castigos en la tierra”, pero aquéllos se mantuvieron en sus trece, no dejando de hostigar a los españoles gracias al veneno de sus flechas y al de las muchas trampas que colocaban en todas partes,

porque todos los lugares y caminos y comidas y árboles frutales y lugares de cualquier suerte que sean donde españoles puedan llegar e presumen que llegarán, todo lo ocupan con puyas untadas con esta yerba, con las cuales se pican o lastiman de suerte que hagan sangre, es dificultosa su sanidad y cura²⁶.

Lancho consiguió sesenta milites “y con ellos los más aderezos y pertrajes (sic) de guerra que pudo, como eran arcabuces, pólvora y plomo, que era lo más necesario para la guerra

de estos indios”, señala el padre Aguado, además de trescientos yanaconas, aporta el cronista Fernández de Piedrahita. Al poco de iniciarse la campaña, el cacique Quirimaca presentó batalla con cuatro mil hombres, pero fue derrotado con pérdida de tres españoles y veinte heridos. Conocedor de la manera de pelear de los indios, Lanchoero enviaba en vanguardia a sus soldados más prácticos y briosos para que fuesen tomando todas las alturas y evitar emboscadas, mientras el cuerpo de su pequeño ejército los seguía en escuadrón, pero era inevitable que los muzos, por su número, los esperasen en todas las quebradas y los flechasen día y noche, impidiendo su descanso. Otra táctica consistía en apoderarse de los indios yanaconas que se quedaban retrasados. Un error de bisono de Lanchoero, quitarse el sayo de armas para poder refrescarse, le costó un flechazo peligroso. Para obligar a su gente a no desamparar la empresa en caso de muerte, Lanchoero decidió fundar la ciudad de Trinidad en una loma que permitía una cierta defensa.

Una vez recuperado, Lanchoero se decidió por el avance hacia el interior del país muzo, siempre enviando pequeñas escuadras de reconocimiento por delante y por los flancos del escuadrón. Pero no tuvo que esperar mucho a verse atacado por unos veinte mil aborígenes, dicen nuestros cronistas –lo más probables es que fuesen dos mil y, con todo, era ésta una cifra más que respetable de guerreros–; tras una larga porfía, cuando las municiones de los arcabuces parecían agotadas, una última descarga acertó en uno de los jefes de guerra, obligando a los muzos a retraerse. Las bajas hispanas fueron asumibles: un soldado y un caballo muertos. La peligrosidad de las flechas envenenadas con las que tenazmente eran atacados obligaba a la hueste a vestir día y noche el sayo de armas de algodón, muy pesado y trabajoso de portar, pero los indios de apoyo y los caballos sí iban cayendo, muriendo de manera horrible. La falta de mantenimientos obligó a Lanchoero a enviar al capitán Morcillo, veterano de las guerras civiles de Perú, y todos los indios auxiliares a tomar los suministros que hubiese en la localidad de Capacapi, un lugar localizado en alto, fortificado con hoyos y puntas envenenadas, que fue tomado con pérdida de un soldado. Como en otras ocasiones, con los arcabuces se podía limpiar con efectividad las cumbres de algunas pequeñas colinas para evitar el acoso constante del contrario. Pero las municiones comenzaban a escasear, de modo que Lanchoero hubo de enfrentarse a murmuraciones en el seno de la hueste acerca de si era más conveniente regresar y proveerse de tropas y medios de guerra o bien continuar. Para entonces ya comían de los caballos muertos, aumentando cada día el número de soldados lisiados. Lanchoero se decidió por fortificarse donde se hallaba y demandar ayuda a la Real Audiencia. La tardanza en la llegada de ésta le obligó a mudar de alojamiento, siendo atacado sin desmayo por los muzos. Como señala el padre Aguado, no sólo iban cayendo los milites hispanos, sino que

murieron así mismo muchos indios ladinos de los del servicio de los españoles, flechados y empuyados, y así, cotidianamente tenían los nuestros averías y se iban haciendo menos y consumiendo de la yerba y el trabajo de la guerra, que era tan ordinaria que pocos días de la semana pasaban sin tener guazabaras y peleas con los indios, ora estuviesen alojados, ora caminasen.

Los oidores de la Audiencia de Santa Fe se emplearon a fondo para conseguirle tropas al capitán Ribera, deudo de Lanchoero, quien debía asistirle con refuerzos. Para entonces era de dominio público la peligrosidad de aquella campaña haciéndola impopular. Ribera, con treinta

o treinta y cinco españoles, además de indios yanaconas y una enorme jauría de perros, entró en el territorio muzo. Fue atacado en su camino por hombres del cacique Quirimaca, quien, por tomarlos en un camino difícil, consiguió al principio una cierta ventaja, pero una vez rehechas las tropas hispanas, y con el apoyo de quince arcabuceros de Lanchero, quienes dirigidos por el capitán Morcillo hacía días que buscaban a Ribera ante su tardanza y fueron providenciales, consiguieron inflingirles una seria derrota con quinientas bajas. Según el cronista Fernández de Piedrahita, para evitar que Quirimaca emboscara sus hombres y no les permitiera curar sus heridos y rehacerse, Ribera lanzó contra los indios sus perros que “luego pusieron en confusión y desorden á los indios, cuya pérdida acrecentaron con otros trescientos y más que quedaron heridos y despedazados”. Ribera tuvo en la batalla cinco muertos hispanos y cuarenta yanaconas “por más que se amparaban á la sombra de los troncos y árboles, y de los escaupiles y rodela de los españoles”. De esta cita se infiere, pues, que los auxiliares muiscas luchaban sin protección alguna y a merced de un enemigo muy peligroso.

Una vez unidas todas las fuerzas, no sin algunas recriminaciones a Ribera por la tardanza de su ayuda, Lanchero decidió proseguir la campaña. Una vez más envió en vanguardia a sus veinte mejores hombres con el capitán Morcillo, mientras él se mantenía con el cuerpo del ejército y el capitán Ribera marchaba en la retaguardia con apenas dos caballos y dos infantes. Al descuidarse un tanto y separarse del cuerpo central del ejército, Ribera fue atacado por fuerzas muy superiores, debiendo ser asistido por los hombres de Lanchero, quien lo alcanzó con sus hombres formando en escuadrón. Tras recibir tres cargas de arcabuces y ballestas, que difícilmente causaron los dos mil muertos que reclama Fernández de Piedrahita, Quirimaca vio la imposibilidad de romper el frente hispano, ordenando seguidamente la retirada. Fue entonces cuando Lanchero envió tras ellos los perros de presa con gran efecto. El padre Vázquez de Espinosa aseguraba que la ferocidad de los perros había conseguido que los indios les hubiesen “cobrado más temor que a los arcabuces”. De la hueste hispana murieron diez hombres, además de numerosos yanaconas –como es habitual, los cronistas siempre fueron parcos en tales datos.

Tras la salida del territorio del capitán Ribera, algunos vecinos de la ciudad de Trinidad de los Muzos se quejaron a la Real Audiencia de la actitud de Luis Lanchero, siendo acusado por ser “grandes los estragos y muertes y malos tratamientos de indios que Lanchero había hecho en aquella tierra sin causa ni necesidad urgente”. También fue perseguido el capitán Francisco Morcillo, dice el cronista Aguado, “por haber sido ocasión de las discordias que Lanchero y los otros soldados habían tenido, y él particularmente contra particulares personas”. Aunque los veteranos de la entrada estaban muy divididos, unos esperando el retorno de Lanchero y otros justo lo contrario, el caso es que los oidores designaron a don Lope de Orozco corregidor de la zona. Orozco con apenas cuarenta hombres, de los que perdió cinco, realizó un recorrido por el territorio para certificar ante la Real Audiencia su estado de pacificación. Pero el cronista Aguado explica que si bien Orozco procuró atraerse a los indios por la vía de la prédica y los buenos propósitos, “pero más aprovechaba para esto un buen castigo y terror que cuantos requerimientos se les podían hacer, ni persuasiones ni otros halagos”, tomando claramente partido por la actitud de Luis Lanchero. Éste murió en 1562 sin poder ejercer el cargo de corregidor en la ciudad por él fundada. En los siguientes años, incluso los oidores de la Audiencia de Santa Fe se vieron obligados a enviar allá a delincuentes, hombres desterrados del Nuevo Reino, para aumentar los efectivos de la ciudad de Trinidad, pues la

fama de mortíferos de sus indios aún persistía. Unos indios que avisaban siempre antes de realizar un ataque general y jamás peleaban de noche. Extraña nobleza.

Sólo cuando en 1564 se hallaron minas de esmeraldas la codicia cambió la situación. Para entonces, veteranos como el capitán Morcillo ya daban órdenes para acabar con los sembrados de los indios, buscando la huida de los mismos, mientras que los perros de presa seguían siendo esenciales; según el padre Aguado:

ya a esta sazón tenían los españoles perros de ayuda a quien los indios habían cobrado muy gran miedo y temor. Por su causa no se osaban acercar a donde los españoles estaban; que fue gran ayuda esto de los perros para que los nuestros pudiesen ir y pasar adelante con la sustentación de su pueblo y soportar los trabajos de la guerra, porque como los perros son grandes venteadores y rastros, en acercándose los indios a los españoles luego los sentían y descubrían y daban en ellos y a bocados los ahuyentaban y echaban de sobre los nuestros; porque el indio que un perro de estos alcanza, a dos zaleadas lo descompone y lastima malamente.

La respuesta bélica de los muzos, descartadas las emboscadas, consistió en redoblar las trampas con puyas envenenadas, “y así de cada día se les empuyaban muchos indios amigos y del servicio de los españoles que se desmandaban a andar por muchas partes peligrosas”²⁷.

Hubo que esperar al gobierno del corregidor Cepeda de Ayala para que comenzase a “pacificarse” el territorio de los muzos. Éste, con la ayuda de su teniente, López de Poveda, fue derrotando poco a poco la resistencia: en Pauna, dieron de noche en el pueblo “prendió los culpados, y aun creo los inocentes, y fueron castigados ejemplarmente”, dice el padre Aguado. En Saboyá, donde la resistencia duraba hacía décadas, “prendieron algunos capitanes y principales agresores de lo dicho, y habida averiguación de la culpa que tenían por sus confisiones, se hizo castigo en ellos”. En Topo, tras aquellos ejemplos, obtuvieron comida y mil porteadores, algo inaudito hasta entonces. Les siguieron las localidades de Marpe y Minipu, Nico y Copere, las cuales fueron atacadas siempre de noche. Los pobladores de esta última, desesperados, acabaron por luchar cara a cara contra los españoles, sin recurrir a flechar a distancia. Cepeda de Ayala pugnó para desterrar una práctica muy usada hasta hacía poco tiempo: el padre Aguado, que rehúsa entrar en detalles escabrosos, asegura en su crónica haber sido muy común aquellos años en todo el territorio dar “muertes crueles” a los indios por cualquier excusa, “cosa cierto indigna del nombre español, pues tan sin causa ofendían a los que habían de halagar para que su paz fuese adelante”²⁸.

La conquista de Uaymil-Chetumal (Yucatán), 1543-1545

La difícil conquista de la península de Yucatán comenzó en 1526 cuando Francisco de Montejo, uno de los compañeros de Hernán Cortés, capituló con la Corona. Comenzando su aventura en la zona norte y noreste en 1527, el clima y la oposición aborigen obligaron a

Montejo a retirarse a Nueva España en busca de ayuda en 1529. Tras obtenerla por parte de la primera Audiencia, el adelantado Montejó intentó una nueva entrada por Tabasco en 1529-1530, mientras su segundo, Alonso Dávila, lo hacía por el interior, alcanzando Acalán en 1530-1531. No obstante, nuevas entradas de Dávila y del hijo de Montejó, llamado Montejó el Mozo, entre 1531 y 1534 demostraron la enorme dificultad para el control del territorio, apenas sometiendo la zona de Tabasco. Francisco de Montejó se incorporó de nuevo a la conquista en 1537 llevando una flota a Champotón, desde donde su hijo conseguiría fundar, ya en 1540, San Francisco de Campeche. La ciudad de Mérida se fundó tras la conquista de la zona occidental de la península en 1542, mientras que el oriente y el interior de la misma cayeron entre 1542 y 1545. Uno de los territorios por conquistar aquellos años, la provincia meridional de Uaymil-Chetumal, fue cedida para su ocupación a Gaspar Pacheco, quien actuaría como teniente de gobernador del adelantado Montejó.

Tras organizar una compañía con veinticinco o treinta efectivos, enrolando a su hijo Melchor y a su sobrino Alonso, Gaspar Pacheco entró a fines de 1543 o comienzos de 1544 en la provincia de Cochuah para dotarse de indios cargadores y de servicio, así como de grandes cantidades de vituallas. Ante las primeras resistencias, Pacheco no dudó en llevarse consigo a cualquier persona que atrapase, sin consideraciones de ningún tipo, así como en arramblar con todos los suministros que pudo. Numerosos indios huyeron a los bosques, mientras otros muchos morían por falta de alimentos. La provincia quedó semidestruida.

Una vez entrado en el territorio de Uaymil-Chetumal, Pacheco hubo de emplearse a fondo ante la resistencia de los mayas, quienes, como en otras regiones, comenzaron por construir defensas donde podían atacar con ventaja a los intrusos, mientras abandonaban sus asentamientos y destruían sus depósitos de vituallas. La orografía les permitió desarrollar una guerra de guerrillas que dificultó enormemente el avance hispano, sobre todo cuando Pacheco y los suyos se vieron obligados a lanzar correrías más en busca de alimentos que del propio enemigo para destruirlo. Gaspar Pacheco enfermó y acabó por retirarse a Mérida dejando a su hijo y su sobrino la conducción de la guerra. Exasperados ambos por aquellas dificultades, para tratar de imponerse en un conflicto que amenazaba con destruirlos, comenzaron a utilizar prácticas aterradoras a un nivel como no se había visto hasta entonces en Yucatán. Comenzaron a agarrotar indios, tanto hombres como mujeres, o bien éstas eran arrojadas a las lagunas con pesas atadas a sus cuerpos para que se ahogaran, en una práctica que se utilizó durante la conquista de las Canarias²⁹. En otras ocasiones, las jaurías de perros masacraban a los indios indefensos. También se habla de cortes de manos, orejas y narices a muchos indios³⁰. Todo apunta a que fue Alonso Pacheco quien más se destacó en la aplicación de tales prácticas, muy posiblemente porque no llevaron miembros del clero en su hueste que pudieran refrenarles. Tras someter a los indios, Melchor Pacheco fundó Salamanca de Bacalar en 1544, pero el territorio quedó muy diezmado³¹.

El padre franciscano Lorenzo de Bienvenida escribiría al príncipe Felipe desde Mérida en febrero de 1548 relatándole aquellos excesos: entre otras lindezas aseguraba de Alonso Pacheco que “Nerón no fue más cruel que éste”. Señala cómo la región de Chetumal estaba en paz, pero fue la incursión de los Pacheco la única causa de los disturbios, pues ante la terrible presión que padecían, los indios huían a los montes de puro miedo a los españoles, pues en

cuanto tomaban alguno lo aperreaban. El resultado fue que los indios “no sembraron, y todos murieron de hambre: digo todos porque había pueblos de a quinientas casa, de a mil, y el que agora tiene ciento es mucho”. Aseguraba que Alonso Pacheco en persona agarrotaba a sus víctimas; también “Cortó muchos pechos a mugeres y manos a hombres, y narices y orejas, y estacó, y a las mugeres ataba calabazas a los pies, y las echaba a las lagunas [a] ahogar, por su pasatiempo; y otras grandes crueldades que por abreviar las dexo”. Estacar significaba atar a estacas y posteriormente flechar los cuerpos hasta la muerte. Asimismo, se asegura que los Pacheco se dedicaron a

robar y matar y maltratar a los indios e indias naturales de aquellas tierras estando de paz, y sirviendo a los cristianos españoles por fuerza contra su voluntad les dieron muchas cuchilladas y les cortaron las manos y narices a [los] hombres [y a] las mujeres las tetas cortaron [y] ataron a estacas y atados los asaetearon y flecharon hasta que murieron naturalmente e hicieron otras muchas crueldades y robos no vistos ni oydos [...].³²

Aunque los Montejo quedaron escandalizados por los excesos de los Pacheco en Chetumal, lo cierto es que durante la rebelión maya de 1546-1547, cuando éstos matarían unos quince o veinte españoles y unos quinientos naborías³³, el sobrino del adelantado Francisco de Montejo, llamado igual que aquél, ordenó cortar las manos a veinticinco habitantes de Cupul atrapados con armas en las manos. En otra ocasión hizo ahorcar a cierto número de mujeres; asimismo se usó del aperreamiento para abortar dicha rebelión. Gracias al juicio de residencia realizado a Montejo en 1549-1550 se sabe que éste siguió proceso contra varios de sus capitanes por actos de crueldad demostrados. También en esta ocasión se esclavizaron hasta dos mil indios, varones, mujeres y niños, si bien Montejo los dejó más tarde en libertad. Lo cierto es que tras estos episodios, numerosos grupos de mayas se dirigieron a la zona de Petén Itzá, donde conservaron su libertad. Todavía en 1548, el malestar de los caciques de la provincia de Mani con el apostolado de los franciscanos, unido a las noticias de un posible levantamiento en la población de Peto, acabó con la detención de veinte señores mayas, quienes fueron sentenciados a ser quemados en Mérida. Sólo la intervención de fray Luis de Villalpando les salvó de las llamas, aumentando el prestigio de la orden en todo Yucatán³⁴.

En 1550, en un memorial dirigido a la Audiencia de México, se acusaría a Francisco de Montejo, sobrino del adelantado, de haber ahorcado en 1547 treinta indias de unos árboles, si bien la acusación aumenta cuando se asegura que otros testigos vieron cómo se ahorcaban más mujeres “y los niños de leche que mamaban ahorcaba también de los pies de las madres que estaban ahorcadas”. De Gaspar Pacheco, su hijo y su sobrino se asegura que “asolaron dos provincias las mejores y de más gente que havia en este Yucatán a tanto que [h]oy día ya no [h]ay casi nadie en ellas”. Francisco y Hernando Bracamonte son acusados de haber matado muchos indios también en 1547 pero “en un pueblo de paz y que los mataron con muertes muy crueles y nuevamente inventadas”. Y se añade: “Todos estos sobredichos delitos son muy públicos y [h]ay muchos testigos”, pero como los culpables ocupan los cargos de alcaldes, etc., relevándose entre sí sistemáticamente se sentencian unos a otros a penas muy leves. Así, terminaba por señalar el padre Villalpando, “cuesta más en Yucatán matar una vaca o un caballo que matar un indio vasallo del rey”³⁵.

La entrada de Juan Álvarez Maldonado en el país de los chunchos (1567-1569)

El proceso de ocupación de Charcas conduciría, a su vez, a nuevas tentativas de expansión desde esta última. El noreste del nuevo territorio incorporado sería el objeto de varias expediciones al llamado país de los chunchos, donde en el pasado habían operado conquistadores como Pedro Álvarez Holguín y Francisco de Villagrán sin éxito. Hacia 1560, el virrey del Perú, conde de Nieva, envió al capitán Juan Nieto a la conquista de los chunchos, de la que regresaría en 1563 sin haber conseguido un solo poblamiento. Cuatro años más tarde, en 1567, otro capitán, Juan Álvarez Maldonado, probaría fortuna³⁶. No obstante, nuevos conquistadores, como Nuflo de Chaves y Andrés Manso, intentaron la conquista del país de los Moxos, asimilado a veces con el Gran Paititi, si bien era éste un El Dorado distinto que, teóricamente, se hallaba más allá de la tierra de los chunchos. Álvarez Maldonado, en cambio, siempre habló en su relación del Gran Paititi como la tierra que no pudo someter.

Álvarez Maldonado alcanzó Perú, procedente de Veragua, donde llegó en 1542, y se incorporó a la causa real contra los rebeldes pizarristas durante las guerras civiles. Vencedor de la causa pizarrista, tras desposar a una rica viuda, quien le aportó una encomienda, Álvarez Maldonado estuvo en disposición de gastar hasta 80.000 ducados en la jornada que comentamos. Como decíamos, en 1567 obtuvo mediante la oportuna capitulación la posibilidad de ocupar la gobernación de los chunchos y de los arañas, provincias dependientes de la Audiencia de Charcas.

Partido de Cuzco a partir de agosto de 1567 con apenas catorce hombres, “no mas por escusar Juntas que en esta tierra suelen temerse”, Álvarez Maldonado alcanzó el territorio de Opatari con muchas fatigas por ir abriendo ellos mismos el camino, donde fundó la ciudad de Bierzo, a partir de la cual se exploraría un amplio territorio. Tras comenzar a acumular hombres y vituallas y construir una flotilla para navegar el río, Álvarez Maldonado comisionó al capitán Manuel de Escobar para que, con ochenta hombres, navegase río abajo hasta la tierra de los toromonas, a quienes tendría que procurar atraer al servicio de los hispanos con la intención de que aportasen mano de obra y vituallas para cuando llegase el grueso de la expedición. Los caballos avanzarían por tierra unas quince leguas. Era el 20 de mayo de 1568. Tras avanzar con alguna dificultad por la poca profundidad del agua, Escobar mandó en su momento embarcar hasta treinta caballos, de los cuarenta que habían salido, “porque sabía quanto le ynportaban para lo de adelante”, en cuatro balsas que mando construir. Al poco, Escobar contactó con el cacique Cavanava de los capinares, quien lo recibió de paz, así como otros muchos caciques, entre ellos Tarano. Con su inestimable apoyo, Escobar envió dos de sus hombres a la tierra de los toromonas, acompañados por numerosos indios aliados, quienes en cuatrocientas balsas cargadas de gente e impedimenta, eligieron un asentamiento adecuado y comenzaron a sembrar en las tierras de estos últimos mientras se esperaba la llegada de Álvarez Maldonado y el grueso de la expedición. Mientras, durante cuarenta días el capitán Escobar permaneció en tierras de los cavanavas aderezando las armas –“limpiando los arcabuces, enjugando las municiones”– y reformando los caballos, además de arreglar la fragua transportada, elemento importante, y todo ello “sin agravio a yndio ni a yndia de la

provincia". Poco después se trasladó con sus hombres al nuevo asentamiento río abajo, donde ganó la amistad de nuevos caciques.

Por su parte, el gobernador Álvarez Maldonado desde la cabecera del río continuaba buscando nuevos participantes para su entrada –hasta cien–, así como armas, herramientas y animales de tiro y ganado en Cuzco cuando el veterano conquistador Gómez de Tordoya se cruzó en su camino. Éste había obtenido del conde de Nieva hacía seis años permiso para realizar una jornada en los chunchos, pero le fue revocada por un intento de motín en Cuzco, a decir del padre Lizárraga³⁷. Sin resignarse, Gómez de Tordoya con apenas veinte hombres se introdujo en el territorio asignado por entonces a Álvarez Maldonado y, antes o después, acabarían por chocar. En Cuzco, los hombres apalabrados por Álvarez Maldonado se resistieron a embarcarse en la expedición de éste pues estaban a la expectativa de lo que ocurriese con Gómez de Tordoya. A Álvarez Maldonado no le quedó más remedio que fabricar toda la pólvora que pudo y viajar río abajo en busca del capitán Escobar.

Haciéndose pasar por capitán del legítimo gobernador, Gómez de Tordoya consiguió seiscientos indios de apoyo del cacique Arapo y avanzó hacia donde se hallaba el capitán Escobar. Éste, advertido, dejó doce hombres en el puesto y avanzó con el resto, más de sesenta, así como con trescientos indios taranos, y fue al encuentro del alzado. Una vez entablada la lucha, varios hombres de Tordoya se pasaron al bando de Escobar mientras éste disparaba a los demás, quienes comenzaron a huir siendo acosados por sus antiguos aliados de Arapo, conocedores entonces del engaño. Pero la pugna entre españoles envalentonó a los indios. Escobar se mantuvo en el alcance y halló a casi todos los hombres de Tordoya muertos; éste también moriría. Mientras, los antiguos indios aliados asaltaron el fuerte hispano y mataron a los doce hombres del retén así como a diez caballos, “que fue gran pérdida para el lugar y tiempo”. Cuando incluso los indios del cacique Tarano se le huyeron y Escobar alcanzó el fuerte destruido, se impuso la idea de castigar aquella traición y con quince caballos supervivientes atacaron de madrugada un pueblo de indios cayanpuxes, Vinono, pero estaba desierto. Tras ocupar un galpón para hacerse fuertes, los indios, emboscados en la montaña, comenzaron a lanzarles flechas con algodón incendiado, consiguiendo quemar el galpón y todo el pueblo. Dispuestos a usar de sus caballos con ventaja, los indios, advertidos, volvieron a retirarse “en buena orden a la montaña... donde salían de ordinariamente a hazer saltos y poner cerco”. Conscientes de que los indios no se dejarían sorprender en campo abierto, el grupo de Escobar se fortificó lo mejor que pudo en uno de los bohíos quemados y esperaron la llegada del gobernador. En un descuido del capitán Escobar, que salió a dar de beber a su caballo, fue flechado y muerto por los indios. Elegido un soldado, Malaver, como jefe improvisado, decidieron abandonar el lugar y alcanzar el fuerte original confiando en la amistad del cacique Tarano, pero tras perder algunos hombres por el camino a manos de los cayanpuxes, la gente de Tarano mató a casi todos los españoles, quienes, mal armados y famélicos, apenas si pudieron defenderse. Tras salvar a un herrero, por su oficio, y al padre Diego Martín, quien vivía con ellos hacía algunos años, hasta doce españoles, prisioneros, fueron ejecutados uno a uno.

Una vez reunidos hasta ochenta caballos y nuevos refuerzos, armas y vituallas, el gobernador Álvarez Maldonado avanzó en busca de la tropa del capitán Escobar el 13 de

noviembre de 1568. El viaje, con el río crecido, fue un desastre. No sólo no se pudieron embarcar los caballos, que se abandonarían, sino que varias canoas zozobraron, con pérdida de hombres y material. Con sus fuerzas muy mermadas, el gobernador comenzó a abrirse paso machete en mano en busca de mantenimiento mientras era espiado por los indios manopanpa. Éstos les atacaron con ventaja siendo repelidos, pero con algunas pérdidas entre los hispanos. Tras recomponer el grupo, el gobernador avanzó hasta el territorio de los canivares, donde halló muestras inequívocas de estar toda la tierra alzada. Tras decidirse por alcanzar la tierra del cacique Tarano, a quien creía aliado, y saber nuevas del capitán Escobar, Álvarez Maldonado y los suyos fueron cercados por los canivares, quienes aprovecharon la espesura para flecharlos con ventaja, pues éstos, sin más armas defensivas corporales y agotados, luchaban con espada y rodela. Tantos de ellos fueron heridos que, para evitar el claro rastro dejado por su sangre y no alentar al enemigo, procuraban tapparla con los pies. Así caminaron cuatro leguas. Puestas sus esperanzas de salvación en volver a atravesar el río, pues eran atacados cada día de manera inmisericorde, el gobernador quiso lanzarse con doce hombres a cruzar la corriente, pero no le dejaron ante la posibilidad de que fueran masacrados en la otra orilla con tan pocas fuerzas. El soldado Hurtado se prestó a cruzar el impetuoso río a nado y, tras conseguirlo, pudo indicar al gobernador que podía atravesarlo sin cuidado. Así lo hicieron, y desde allá, tras recoger algunos mantenimientos para el viaje, pusieron rumbo a tierras del cacique Tarano.

Días más tarde éste les permitiría acercarse a sus tierras sin agredirles, cosa de agradecer pues en las semanas previas había matado a no menos de sesenta españoles y se había apoderado de sus armas. El caso es que los hombres de Tarano, muchos vestidos a la usanza española tras desvalijar a los muertos de Escobar y Tordoya, portaban “sus armas, celadas, cotas, espadas y dagas, arcabuzes, frascos y frasquillos y con cada tres u quatro cabos de mechas encendidas y como trayan cargados los arcabuzes hasta la boca quan los disparavan rrespondían como lombardas”. Tarano los recibió y pudieron curarse muchos hombres que hubieran muerto sin remedio, pero les advirtió que no les permitiría quedarse en su tierra ni, muchos menos, cederles las armas que había tomado. Tras pasar algunos días restableciéndose, el gobernador Álvarez Maldonado regresó a Cuzco.

Sabiendo cómo manejarse contra su enemigo europeo, de quien muy pronto obtuvieron armas y conocimiento para manejarlas, los aborígenes se vieron favorecidos por las dificultades orográficas, las cuales impidieron que una utilización más profusa del caballo les proporcionase algunas ventajas militares a los invasores. Así, éstos, quienes intentaron en algunas ocasiones más desde Charcas introducirse en los chunchos, siempre fracasaron en el siglo XVI³⁸.

Conclusiones

La casuística de la conquista hispana de las Indias fue inmensa. Las apreciaciones generales sobre las principales causas que condujeron a la dominación de los diversos territorios no son válidas. En el caso de Díaz del Castillo, su narración de la pacificación de Chiapa en 1524 puede entenderse como un buen ejemplo de la superioridad de la infantería sobre la caballería, que resultó muy dañada en aquella entrada, con un 50% de bajas, un número a todas luces

excesivo y abrumador de pérdidas en las guerras de Indias. Alonso de Alvarado y su intento por conquistar Chachapoyas en 1535 sería el caso elegido para ilustrar la importancia de la caballería, incluso en un terreno *a priori* poco favorable para la misma como el de Perú, mientras que la infantería armada con ballesta, y sin testimonios que refieran el uso de arcabuces, cumplió muy bien con su cometido. Por otro lado, la presencia de un importante número de indios aliados, hasta tres mil, no significó una gran ventaja en esta ocasión para la hueste hispana. Por su parte, la aventura de Jerónimo Lebrón en 1539-1541 puede servir de ejemplo de cómo los condicionantes ambientales podían llegar a destruir una hueste sin apenas la necesidad del concurso de la hostilidad de los aborígenes, además de señalar la importancia de las armas de fuego, artillería y arcabuces, a la hora de frenar los embates de las canoas aborígenes en la guerra fluvial (que se dio también, por ejemplo, en el transcurso de la campaña de Hernando de Soto en Florida). La caballería ni fue relevante. Las más que interesantes campañas en el territorio de los indios muzos, tan fieros e indómitos como los mucho más famosos araucanos, sólo pudieron ganarse merced a una rara combinación: un uso constante del escuadrón para proteger el grueso de la hueste, defendidos sus integrantes con escaupiles, mientras que las armas de fuego y las ballestas servían para matar a suficiente distancia a unos indios muy peligrosos al usar flechas envenenadas. Las características geográficas de la zona, selvática y montañosa, obligaron al uso generalizado de los perros de combate, que sustituyeron a los indios aliados, quienes se encargaban en otras zonas de dar el “alcance” a los indios hostiles en su retirada cuando eran derrotados. Por otro lado, la prolongación de la guerra habían hecho de los muzos unos hábiles contendientes, pues ya no se dejaban sorprender por las tácticas de combate hispanas, al tiempo que desarrollaban de manera autónoma formas de oponerse a hombres y caballos, como hoyos poblados de estacas para los segundos y púas envenenadas con las que sembrar los caminos para los primeros, técnicas que también se emplearon en otros territorios. Y ése siempre fue un gran peligro. De ahí la necesidad hispana de utilizar prácticas aterradoras para domeñar su resistencia por imperativo militar. Donde éstas parecieron ser claves fue en la conquista de la provincia maya de Uaymil-Chetumal entre 1543 y 1545; el escaso número de efectivos hispanos se compensó usando la crueldad, el terror y la violencia extrema a unos niveles pocas veces vistos, aunque no desconocidos en otras operaciones. Por último, la desastrosa expedición de Álvarez Maldonado, donde murieron casi tantos hispanos como en el sitio de México-Tenochtitlán de 1521, no fue, ni mucho menos, un caso aislado. El enfrentamiento entre grupos hispanos, la división de fuerzas, las dificultades del territorio, sumado todo ello a la extraordinaria capacidad aborígen para adaptarse a las tácticas de combate hispanas condujeron a la derrota y desistimiento de Álvarez Maldonado.

El uso del armamento europeo, de esa tan cacareada tecnología armamentística europea superior a la de los amerindios, fue, en realidad, un espejismo que ha mantenido, sino engañados, sí un tanto confusos a muchos miembros de la profesión histórica durante mucho tiempo. Como hemos argumentado en las páginas anteriores, el uso de armas de fuego y de acero, además de los caballos (y los perros de combate), no cabe verlo como la panacea de la victoria, sino más bien como la principal baza para la supervivencia de la hueste hispana en unos territorios hostiles y, especialmente, en los primeros momentos de las conquistas, los más difíciles. De hecho, el armamento hispano sólo hubiese sido determinante en el caso de que la invasión de las Indias la hubiesen acometido ejércitos reales de varias decenas de miles de combatientes, bien armados y equipados, como ocurrió en la fase final de la conquista del reino

Nazarí de Granada (1482-1492). Pero, como sabemos, ello no fue así, como tampoco lo fue en el caso de la conquista de las islas Canarias. Muy difícilmente una hueste conquistadora alcanzaba los mil efectivos europeos (además de esclavos africanos), con un número reducido de equinos y, en general, con escasas armas de fuego portátiles y artillería. En realidad, la principal arma de los hispanos en Indias fue la voluntad por conquistar, por permanecer, por reducir y controlar, y para ello se ayudaron tanto de los propios aborígenes en numerosas ocasiones como de las prácticas aterradoras de sometimiento. Las experiencias bélicas acumuladas fueron determinantes. En ese enfrentamiento vencieron sobradamente los hispanos. El poso dejado por el uso de prácticas aterradoras por imperativo militar en la tradición bélica de los europeos era muy fuerte, e incluía el enfrentamiento con comunidades étnica y religiosamente diferentes, distintas. Los mundos limitadamente en expansión de mexicas e incas no les permitieron dotarse de una experiencia bélica semejante. Además, se desconocían entre sí y no supieron, por lo tanto, lo que les había ocurrido a otros amerindios. Los hombres que formaban parte de las huestes conquistadoras acumulaban experiencias; al menos ello era así en una parte importante de los mismos: sabían que había que buscar aliados; sabían que debían hacerse con el control de personas de relieve en cada territorio –y torturarlos si hacía falta para obtener de ellos lo necesario–; no dudaron en masacrar poblaciones enteras cuando hizo falta; hicieron un uso planificado de la violencia extrema muy a menudo; sabían como usar sus armas –les iba en ello la vida– y, además, las adaptaron al entorno americano; adaptaron sus tácticas de combate a la realidad americana, cierto, pero sabemos que guerrearon como europeos entre sí en las guerras civiles de Perú, donde hubo comportamientos militares de carácter e ideología caballeresca medieval. Los aborígenes fueron sorprendidos militarmente hablando, pero no hasta el día de su derrota final; tenían una experiencia bélica muy limitada a su mundo y, no obstante, rechazaron en numerosas ocasiones a determinados grupos hispanos (los ejemplos elegidos en este trabajo buscan, justamente, señalar la enorme dificultad de la conquista), por ello la guerra se endureció y se hizo más cruel.

Fuentes

- Aguado, Pedro. *Recopilación historial*. 2 Vols. Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956-1957.
- Álvarez Maldonado, Juan. *Relación de la jornada y descubrimiento del Río Manu (hoy Madre de Dios) por Juan Álvarez Maldonado en 1567*. Ulloa, Luis (ed.). Sevilla, 1899.
- Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú*. Tomo III. Sáenz de Santamaría, Carmelo (ed.). Madrid, CSIC, 1984.
- *Las guerras civiles peruanas*. Tomo II. Sáenz de Santamaría, Carmelo (ed.). Madrid, CSIC, 1985.
- De Herrera, Antonio. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*. Madrid, Juan Flamenco, 1601 [décadas I-IV] y Madrid, Juan de la Cuesta, 1615 [décadas V-VIII].
- De Lizárraga, Reginaldo. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Ballesteros, Ignacio (ed.). Madrid, Historia 16, 1987.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. BAE, Tomo XXVI, Historiadores primitivos de Indias. Madrid, Atlas, 1947.
- Fernández de Piedrahita, Lucas. *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1881.
- López de Cogolludo, Diego. *Historia de Yucathan*. Madrid, Juan García Infanzón, 1685.
- Román, Jerónimo. *Repúblicas del Mundo*. Salamanca, Juan Fernández, 1595.
- VV. AA. *Cartas de Indias*. BAE, CCLXIV-CCLXVI. 3 Tomos, Madrid, Atlas, 1974.
- Vargas Machuca, Bernardo. *Milicia y descripción de las Indias*. Valladolid, 2003.
- Vázquez de Espinosa, Antonio. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Madrid, Historia 16, 1992.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos S. "La gran vejación y destrucción de la tierra". Las guerras de sucesión y de conquista en el derrumbe de la población indígena del Perú". Assadourian, Carlos S. *Transiciones hacia el sistema colonial andino*. Lima, El Colegio de México & Instituto de Estudios Peruanos, 1994.
- Barnadas, Joseph M. *Charcas, 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial*. La Paz, CIPCA, 1973.
- Bernand, Carmen y Gruzinski, Serge. *Historia del Nuevo Mundo. Del Descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550*. México D.F., FCE, 1996.
- Bicheno, Hugo. *La batalla de Lepanto*. Barcelona, Ariel, 2005.
- Chamberlain, Robert S. *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*. México D.F., Porrúa, 1982.
- Clendinnen, Inga. "Fierce and Unnatural Cruelty": Cortés and the Conquest of Mexico". *Representations*. No 33, Winter 1991, University of California.
- Friede, Juan. *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539)*. Bogotá, 1960.
- García, Genaro. *Carácter de la conquista española en América y México, según los textos de los historiadores primitivos*. México, D.F., 1901.
- González Ochoa, José M^a. *Quién es quién en la América del Descubrimiento*. Madrid, Acento, 2003.
- Hanson, Victor Davis. *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. Turner/FCE, Madrid, 2004.
- Hassig, Ross. *War and Society in Ancient Mesoamerica*. Los Angeles, University of California Press, 1992.
- Hemming, John. *La conquista de los incas*. México D.F., FCE, 2000.
- Morales Padrón, Francisco. *Canarias: crónicas de su conquista*. Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.
- Parry, John Horacy. *The Spanish Seaborne Empire*. Londres, Hutchinson, 1966.
- Pereña, Luciano. *Genocidio en América*. Madrid, Mapfre, 1992.
- Raudzens, George. "So Why Were the Aztecs Conquered, and What Were the Wider Implications? Testing Military Superiority as a Cause of Europe's Preindustrial Colonial Conquests". Hammer, Paul E.J. (ed.). *Warfare in Early Modern Europe 1450-1660*. Londres, Ashgate, 2007.
- Reynolds, Winston A. *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*. Madrid, Nacional, 1978.
- Ruiz Guadalajara, Juan Carlos. "...A su costa e minsión...". El papel de los particulares en la conquista, pacificación y conservación de la Nueva España". Ruiz Ibáñez, José Javier (coord.) *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*. FCE, Madrid, 2009.
- Schmidt-Riese, Ronald. *Relatando México. Cinco textos del periodo fundacional de la colonia en Tierra Firme*. Madrid, Vervuert & Iberoamericana, 2003.
- Valcárcel, Simón. *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*. Granada, Diputación provincial, 1997.
- Vaner, John G. y Vaner, Jeannette J. *Dogs of the conquest*. Norman, University of Oklahoma, 1983.
- Weckmann, Luis. *La herencia medieval de México*. México D.F., El colegio de México, 1984.
- Zambrana, Patricia. "Rasgos generales de la evolución histórica de la tipología de las penas corporales". *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*. XXVII, Valparaíso, 2005.

Notas

¹Ross Hassig aseveraba en una de sus obras más conocidas que la tecnología armamentística hispana no fue decisiva para el resultado final de la conquista. Ross Hassig, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, University of California Press, 1992, pp. 163-164. También pensaba así J. H. Parry cuando subrayaba: "The possession of fire-arms was naturally an important, but probably not a decisive factor". Parry también asegura que los caballos fueron más importantes que las armas de fuego en la conquista, aunque inmediatamente recuerda que la mayor parte de los hombres eran infantes armados con espada, pica y ballesta, y si bien tenían la ventaja del acero sobre la piedra, "[...] they were not a well-equipped European army fighting a horde of helpless savages". J. H. Parry, *The Spanish Seaborne Empire*, Londres, Hutchinson, 1966, pp. 95-96.

²G. Raudzens, "So Why Were the Aztecs Conquered, and What Were the Wider Implications? Testing Military Superiority as a Cause of Europe's Preindustrial Colonial Conquests", en E.J. Hammer (ed.), *Warfare in Early Modern Europe 1450-1660*, Londres, Ashgate, 2007.

³Ya lo dijo William Prescott en su *The History of the Conquest of Mexico*: "The Indian empire was in a manner conquered by Indians". Citado en Raudzens, *op. cit.*, p. 405, n. 83. Aunque dicha idea, en realidad, ya fuera puesta de manifiesto por Servando T. de Mier, cuando señaló que "los soldados para la conquista han sido indios con jefes europeos". Citado en L. Pereña, *Genocidio en América*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 321. Asimismo, J. C. Ruiz Guadalajara, "...A su costa e minsión...". El papel de los particulares en la conquista, pacificación y conservación de la Nueva España", en J. J. Ruiz Ibáñez (coord.), *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, FCE, Madrid, 2009, pp. 116 y ss.

⁴Como dice H. Bicheno, “[...] a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma”. Hugh Bicheno, *La batalla de Lepanto*, Barcelona, Ariel, 2005, p. 65. Contrástese dicha idea con la de V. Hanson: “La conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología [...] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales”. V. Hanson, *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Turner/FCE, Madrid, 2004, p. 251. Una frase que sólo demuestra, en realidad, la ignorancia de Hanson.

⁵Como señala Weckmann, “la artillería tuvo una importancia psicológica incomparablemente mayor que la eficacia de sus tiros para aterrorizar a los naturales”. L. Weckmann, *La herencia medieval de México*, México D.F., El Colegio de México, 1984, I, pp. 126-127 y n. 8.

⁶Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y México, según los textos de los historiadores primitivos*, México, D.F., 1901, pp. 157-158. Carlos S. Assadourian, “La gran vejación y destrucción de la tierra. Las guerras de sucesión y de conquista en el derrumbe de la población indígena del Perú”, en *Transiciones hacia el sistema colonial andino*, Lima, El Colegio de México & Instituto de Estudios Peruanos, 1994, pp. 19-62, cita en p. 37.

⁷B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, BAE, Tomo XXVI, *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid, Atlas, 1947, pp. 160-162.

⁸“Carta de Diego Godoy”, en R. Schmidt-Riese, *Relatando México. Cinco textos del período fundacional de la colonia en Tierra Firme*, Madrid, Vervuert & Iberoamericana, 2003, p. 101. El cronista A. de Herrera habla del capitán Diego Godoy y no de Luis Marín, sin duda por conocer la carta del anterior y no el relato de Díaz del Castillo. Véase, Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, Madrid, Juan Flamenco, 1601 [décadas I-IV] y Madrid, Juan de la Cuesta, 1615 [décadas V-VIII], década III, Lib. V, p. 205.

⁹Díaz del Castillo, op. cit., pp. 224-240.

¹⁰Sobre la trayectoria de Alonso de Alvarado, José M^a González Ochoa, *Quién es quién en la América del Descubrimiento*, Madrid, Acento, 2003, p. 30.

¹¹Antonio de Herrera asegura que las tropas de Alonso de Alvarado, en su incursión en la tierra de los chachapoyas, llevaban “sayos cortos estofados de algodón que eran muy provechosos para aquella guerra”. Herrera, op. cit., V, VII, p. 216. No obstante, este arma admitía críticas: el propio A. de Herrera señala cómo los escaupiles “fatigan mucho, porque el algodón en lo frío es frío, y en lo caliente es fuego”, de ahí que admirase “unas corazinas de laonas de cuerno para infantes, que duran más que el hierro y azero, y defienden tanto como los escaupiles”, un tipo de arma típica del Ecuador. Herrera, op. cit., V, X, p. 302.

¹²Cieza de León aseguraba que los poco menos de cuarenta caballos que acompañaban a F. Pizarro en su primera acometida peruana eran “fuerza grande para la guerra de acá, porque sin ellos no se podrían sojuzgar tantas naciones”. Y en el caso de la campaña de Sebastián de Belalcázar en tierras de lo que sería Ecuador, el mismo Cieza señala “que la fuerza de la guerra y quien la ha hecho a estos indios, los caballos son”. Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, I-III, C. Sáenz de Santamaría (ed.), Madrid, CSIC, 1984, Tomo III, pp. 259 y 299.

¹³Este extremo ya fue señalado por Inga Clendinnen para el caso de Nueva España: “Spaniards valued their crossbows and muskets for their capacity to pick off selected enemies well behind the line of engagement: as snipers, as we would say. The psychological demoralization attending those sudden, trivializing deaths of great men painted for war, but not yet engaged in combat, must have been formidable”. Inga Clendinnen, “‘Fierce and Unnatural Cruelty’: Cortés and the Conquest of Mexico”, *Representations*, No 33, Winter 1991, University of California, pp. 65-100, cita en p. 80.

¹⁴Para la campaña de Alvarado en Chachapoyas (1535), véase Cieza de León, 1984, op. cit., Tomo III, pp. 341-351.

¹⁵Jiménez de Quesada movilizó seiscientos veintes infantes y ochenta y cinco caballos, “sin el excesivo número de miserables indios que acostumbraban llevar por cargueros á las conquistas”, según el cronista Fernández de Piedrahita, quienes avanzarían con el apoyo de varios bergantines que remontarían el río desde su desembocadura con otros doscientos hombres. Sobre esta expedición, véase Juan Friede, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539)*, Bogotá, 1960, cap. V. L. Fernández de Piedrahita, *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta de M. Rivas, 1881, Tomo I, Lib. III, cap. V.

¹⁶El pedrero era un tipo de cañón corto, que se cargaba por la recámara, y que disparaba balas de piedra, de ahí su nombre, de entre 4 y 12 libras de peso.

¹⁷Estas comparaciones son interesantes, ya que lo más habitual era comparar a Hernán Cortés con Julio César, y junto con Francisco Pizarro, ambos con Alejandro Magno. Sobre estas cuestiones, véase W. A. Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Nacional, 1978, pp. 115-119, y Simón Valcárcel, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación provincial, 1997, pp. 86-90.

¹⁸Fernández de Piedrahita, op. cit., I, VI, caps. VI-VII. Pedro Aguado, *Recopilación histórica*, 2 Vols., Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956-1957, Parte IV, cap. VIII.

¹⁹Hay testimonios acerca de la multitud de aborígenes que presenciaron las batallas de las Salinas (1538) y Chupas (1542), ambas derrotas de los almagristas, aunque dicha información, en boca de Cieza de León, siempre cabe entenderla como una crítica a la inutilidad criminal de una guerra civil entre españoles. P. Cieza de León, *Las guerras civiles peruanas*, C. Sáenz de Santa María (ed.), Madrid, CSIC, 1985, Tomo II, pp. 256-268.

²⁰John Hemming, *La conquista de los incas*, México D.F., FCE, 2000, p. 189. Cieza de León, 1984, op. cit., Tomo III, pp. 305-312 y 318-325.

²¹Fernández de Piedrahita, op. cit., I, VIII, caps. V-VI. Aguado, op. cit., IV, caps. VIII-IX. Herrera, op. cit., VI, IX, p. 245. Lebrón murió en Santo Domingo en 1545.

²²C. Bernand y S. Gruzinski nos dan la clave para entender determinados comportamientos militares en las Indias y su

utilización sistemática en los diversos territorios que se iban atacando: "La posición del conquistador no deja de parecer asombrosamente frágil: una sola derrota y los españoles estarían acabados". C. Bernand y S. Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo. Del Descubrimiento a la Conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, México D.F., FCE, 1996, pp. 259-260, 271.

²³Sobre Ursúa, González Ochoa, *op. cit.*, pp. 402-403.

²⁴Sobre el uso de los perros en la conquista, John Grier Vaner y Jeannette Johnson Vaner, *Dogs of the conquest*, Norman, University of Oklahoma, 1983. En el caso de la conquista de los muzos, Fernández de Piedrahita, señaló: "Debióse todo el buen éxito de esta conquista á los perros de que usaban los españoles, á quienes los Muzos preferían á las armas de fuego y caballos; y á la verdad, como no se suelten al atacar las batallas, son de grande conveniencia en las guerras de Indias, porque acometiendo cara á cara peligran los más a los tiros de las flechas, y valiéndose de ellos al tiempo que los indios huyen ó se retiran, hacen tal estrago, que los dejan acobardados para los encuentros futuros y aun para turbarlos con su vista [...]". Fernández de Piedrahita, *op. cit.*, I, XII, cap. VI.

²⁵Bernardo de Vargas Machuca planteó las peculiaridades de las marchas por territorio enemigo, avanzando poco a poco, haciendo continuas paradas, pero manteniendo siempre la formación de combate, las mechas encendidas y en silencio para oír antes a un enemigo que se caracteriza por el uso de lo sonoro en la guerra. El griterío en el combate. B. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*, Valladolid, 2003, pp. 146-147.

²⁶Fernández de Piedrahita, *op. cit.*, Tomo I, Lib. X, cap. IV y Lib. XI, caps. I-IX. Aguado, Parte II, Lib. IX, caps. I-VII.

²⁷Fernández de Piedrahita, *op. cit.*, Tomo I, Lib. XII, caps. I-VI. Aguado, *op. cit.*, Parte I, Lib. XII, caps. I-XXI. Antonio Vázquez de Espinosa, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Madrid, Historia 16, 1992, Tomo II, pp. 465-466.

²⁸Aguado, *op. cit.*, Parte I, Lib. XII, caps. XXII-XXV.

²⁹En La Gomera, tras la muerte del gobernador Hernán Peraza a manos de sus súbditos gomeros, Pedro de Vera dirigió la represión y "sentenciaron a muerte a todos los que quince años arriba, y dado que los matadores fueron pocos, los condenados a muerte fueron muchos, que a unos arrastraban y los desquartisaban, y a otros les cortaban pies y manos, y a otros ahorcaban, y a otros muchos echaban a la mar en barcas a lo largo, atados de pies y manos y con pesgas a los pescuesos". Citado en la "Crónica matritense", en F. Morales Padrón, *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, p. 255.

³⁰Fray Jerónimo Román recoge la amputación de las manos y los pulgares como gran castigo entre las legiones romanas, "lo qual se hazia porque con aquella afrenta eran mas atormentados, trayendo la nota de su pecado delante, que no quitándoles la vida". Jerónimo Román, *Repúblicas del Mundo*, Salamanca, Juan Fernández, 1595, II, VI, cap. XIV, fol. 261v^o. Patricia Zambrana nos informa de cómo la amputación de las manos estaba presente entre los pueblos lusitanos, quienes cortaban la mano derecha de sus prisioneros de guerra; se usaba en el derecho romano para castigar delitos como la rebelión; en el visigótico para la falsificación, entre otros; en el mundo musulmán para castigar el latrocinio; en la Edad Media hispana para castigar, desde el siglo XI, al menos, el hecho de causar lesiones o heridas, falsificación, hurto o violación. Lo importante es que entre los siglos XIII y XV se incrementó la crueldad penal y existió una hegemonía en el uso o aplicación de penas corporales. Patricia Zambrana, "Rasgos generales de la evolución histórica de la tipología de las penas corporales", *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVII, Valparaíso, 2005, pp. 197-229.

³¹Nada de esto nos es explicado por el cronista López de Cogolludo, quien se limita a señalar que en los encuentros con los indios murieron algunos de los conquistadores. López de Cogolludo, D. *Historia de Yucathan*, Madrid, Juan García Infanzón, 1685, Parte III, cap. XV.

³²AGI, México, 2999, L. 1, cédula del primero de junio de 1549.

³³Fray Lorenzo de Bienvenida al príncipe Felipe, 10 de febrero de 1548, en VV. AA., *Cartas de Indias*, BAE, CCLXIV-CCLXVI, 3 tomos, Madrid, Atlas, 1974, Tomo I, p. 71. El padre Bienvenida acusaba a los malos tratamientos recibidos por los mayas como causa de la rebelión.

³⁴Robert S. Chamberlain, *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*, México D.F., Porrúa, 1982, pp. 239-243, 258-260, 324-325.

³⁵AHN, Diversos-Colecciones, 23, No 55, Fray Luis de Villalpando a la Audiencia de México, Mérida, 15-X-1550.

³⁶Juan Álvarez Maldonado, *Relación de la jornada y descubrimiento del Río Manu (hoy Madre de Dios) por Juan Álvarez Maldonado en 1567*, Luis Ulloa (ed.), Sevilla, 1899, pp. 1-44.

³⁷R. de Lizárraga, *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, I. Ballesteros (ed.), Madrid, Historia 16, 1987, pp. 319-320.

³⁸J. M. Barnadas, *Charcas, 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial*, La Paz, CIPCA, 1973, pp. 42-45.